

# Los muertos

James Joyce

Traducción: Eduardo Gasca

Lily, la hija del conserje, literalmente ya no podía más con sus pies. No había terminado de introducir a un caballero en el pequeño cuarto auxiliar detrás de la oficina en la planta baja, para ayudarlo a quitarse el abrigo, cuando ya la gangosa campanilla de la puerta de entrada repicaba escandalosamente de nuevo y ella tenía que salir a la carrera hasta el zaguán para hacer entrar a otro invitado. Menos mal que no le tocaba atender también a las damas. Ya la señorita Kate y la señorita Julia habían pensado en eso y convirtieron el baño que quedaba escaleras arriba en un vestidor para damas. La señorita Kate y la señorita Julia estaban allí, chismeando y riéndose y ajetreando, tropezándose en lo alto de las escaleras, para asomarse sobre la baranda a mirar abajo y preguntarle a Lily quién había llegado.

El baile anual de las señoritas Morkan constituía siempre un gran acontecimiento. A él asistían todos sus conocidos, los miembros y las viejas amistades de la familia, los miembros del coro de Julia, todas las alumnas de Kate con edad suficiente e incluso también algunas alumnas de Mary Jane. Ni una sola vez había resultado un fracaso. Año tras año, hasta donde la memoria alcanzaba, había culminado en espléndido estilo; desde cuando Kate y Julia abandonaron la casa en Stoney Batter tras la muerte de su hermano Pat, llevándose a vivir con ellas a Mary Jane, su única sobrina, en la sombría casa estirada en Usher's Island, cuya parte de arriba les había arrendado el señor Fulham, el comerciante en granos de la planta baja. Eso fue cuando menos unos treinta años atrás. Mary Jane, que en ese entonces era una niña a la que ni siquiera le habían alargado la falda, era ahora el pilar de la casa porque tocaba el órgano en la iglesia de Haddington Road. Había pasado por la Academia y todos los años daba un concierto de sus alumnas en la sala de arriba del Antient Concert Rooms. Muchas de sus alumnas pertenecían a las familias más acomodadas de la línea que va de Kingstown a Dalkey. Con todo y lo viejas que estaban sus tías también aportaban. Julia, a pesar de sus canas, aún era la primera soprano en la iglesia de Adán y Eva, y Kate por lo débil que estaba como para andar por ahí, daba clases de música para principiantes en el viejo piano vertical del cuarto del fondo. Lily, la hija del conserje, les hacía las tareas del hogar. Aunque llevaban una vida modesta practicaban la buena mesa; lo mejor de lo que se consiguiera: buenos cortes de solomillo, té de a tres chelines y cerveza negra embotellada de primera calidad. Y como Lily rara vez cometía un error en lo que se le ordenaba comprar, se llevaba bien con sus tres señoras. Eran quisquillosas, eso era todo. Pero la única cosa que no toleraban eran las respuestas insolentes.

Por supuesto que ellas tenían una buena razón para ser quisquillosas en una noche como aquella. Ya eran mucho más de las diez y aún no había ninguna señal de Gabriel y su esposa. Además de que tenían un miedo terrible de que Freddy Malins pudiera presentarse borracho perdido. Por nada del mundo querían que alguna de las alumnas de Mary Jane pudiese verlo bajo la influencia del alcohol; y cuando él estaba así resultaba muy difícil de manejar. Freddy Malins siempre llegaba tarde, pero se preguntaban qué podría estar demorando a Gabriel; y eso era lo que las llevaba cada dos minutos a asomarse por sobre la baranda para preguntarle a Lily si Gabriel o Freddy habían llegado.

—Ay, señor Conroy, le dijo Lily a Gabriel cuando le abrió la puerta, la señorita Kate y la señorita Julia ya pensaban que ustedes no iban a llegar nunca. Buenas noches, señora Conroy.

—Apuesto a que sí, dijo Gabriel, pero ellas olvidan que a esta esposa mía le lleva tres horas mortales vestirse.

De pie sobre el felpudo se sacudió la nieve de las galochas mientras Lily condujo a su esposa al pie de las escaleras y gritó:

—Señorita Kate, aquí está el señor Conroy.

Kate y Julia bajaron las escaleras dando tumbos al unísono. Ambas besaron a la esposa de Gabriel, dijeron que ella debía estar muerta en vida del frío y preguntaron si Gabriel había venido con ella.

— ¡Aquí estoy, hijo y seguro como el cartero, tía Kate! Suban ustedes, yo las sigo, gritó Gabriel desde la oscuridad.

Siguió restregando los pies vigorosamente mientras las tres mujeres subían las escaleras riendo, rumbo al vestidor de las damas. Una delgada franja de nieve cubría como con una capa las hombreras de su abrigo y como con cubiertas blancas las punteras de las galochas; y mientras los botones de su abrigo se deslizaban con un ruido chirriante dentro de los ojales endurecidos por la nieve, de entre los pliegues y dobleces se escapaba el aire frío y fragante del mundo de puertas afuera.

— ¿Está nevando otra vez, señor Conroy? preguntó Lily.

Lo había precedido para ayudarlo a quitarse el abrigo en el recibo. Gabriel sonrió al escuchar las tres sílabas con que ella pronunciaba su apellido y la miró. Era una muchacha esbelta en pleno desarrollo, de semblante pálido y cabello del color del heno. La luz de gas del recibo la hacía lucir más pálida todavía. Gabriel la conocía desde que era una niña que se sentaba en el último escalón a acunar una muñeca de trapo.

—Sí, Lily, respondió, y pienso que va a ser así toda la noche.

Levantó la vista al cielorraso del recibo que se sacudía con el impacto y el deslizamiento de los pies en el piso de arriba, escuchó por un momento el piano y luego observó cómo la muchacha doblaba cuidadosamente su abrigo para depositarlo en el extremo de un estante.

–Dime, Lily, dijo en tono amistoso, ¿todavía vas al colegio?

–Oh, no, señor, yo dejé el colegio hace más de un año.

–Ah, dijo Gabriel jovialmente, entonces supongo que uno de estos días iremos a tu casamiento con tu noviecito, ¿no?

La muchacha le devolvió la mirada por encima del hombro y dijo cargada de amargura:

–Los hombres de ahora son pura palabrería y ver que pueden conseguir de una.

Gabriel se puso rojo como si sintiese haber metido la pata, sin mirarla se sacó las galochas sacudiendo los pies, y se puso a sacarles lustre a sus zapatos de patente frotándolos activamente con la bufanda.

Era un joven robusto bastante alto. El color vivo de sus mejillas ascendía parejo hasta la frente, donde se esparcía en unos cuantos parches rojo pálido informes, y en su cara lampiña centelleaba sin cesar la montura pulida y los aros dorados relucientes de los lentes que protegían sus ojos delicados e inquietos. Peinaba con la raya al medio su brillante pelo negro cepillado formando una gran curva detrás de las orejas, donde se rizaba ligeramente por debajo del surco que le dejaba el sombrero.

Cuando terminó de sacarles brillo a los zapatos se enderezó y tiró de su chaleco hasta ajustarlo más a su cuerpo rollizo. Entonces sacó rápidamente una moneda del bolsillo.

–Ah, Lily, dijo, deslizándosela en las manos, estamos en Navidad, ¿no es así? Bueno, aquí tienes un pequeño...

Caminó rápidamente hacia la puerta.

– ¡Ay, no, señor! gritó la muchacha, yendo tras él. De verdad, señor, no puedo aceptarlo.

– ¡Es Navidad! ¡Es Navidad! dijo Gabriel casi trotando hacia las escaleras y haciendo gestos con la mano como restándole importancia.

Al ver que ya había alcanzado las escaleras la muchacha le dijo en voz alta:

–Bueno, gracias, señor.

Aguardó ante la puerta cerrada del salón a que finalizara el vals, escuchando las faldas barrerse contra ella y el arrastrarse de los pies. Todavía estaba perturbado por la réplica brusca y amarga de la muchacha. Lo había cubierto de un abatimiento que trató de disipar arreglándose los puños de la camisa y el nudo de la corbata. Luego sacó un trozo de papel del bolsillo del chaleco y le echó un vistazo a los apuntes que había hecho para su discurso. Estaba indeciso acerca de los versos de Robert Browning porque temía que resultasen estar muy por encima del nivel de sus oyentes. Sería mejor alguna cita de Shakespeare o de las *Melodías* de Moore. El taconeo tan poco delicado de los hombres y el arrastre de las suelas le recordaban que no compartían un mismo nivel de cultura. No haría otra cosa que el ridículo citándoles poesía que ellos no podrían comprender. Pensarían que estaba haciendo alarde de su educación superior. Fracasaría con ellos como había fracasado con la muchacha en el recibo. Se había equivocado de tono. Su discurso entero era una equivocación de comienzo a fin, un fracaso total.

En ese preciso instante sus tías y su esposa salieron del vestidor de las damas. Sus tías eran dos ancianas menuditas vestidas con sencillez. La tía Julia era unos pocos centímetros más alta. Su pelo peinado hacia atrás por sobre la parte superior de las orejas era gris; y también gris, con sombras más oscuras, el alargado rostro flácido. Aunque era de contextura robusta y de porte erguido, sus ojos cansinos y los labios entreabiertos le daban la apariencia de una mujer que no sabía dónde estaba o hacia dónde iba. La tía Kate era más vivaz. Su rostro, más saludable que el de su hermana, era todo grietas y arrugas, como una manzana roja marchita, y su pelo, peinado en el mismo estilo pasado de moda, no había perdido el color de la nuez madura.

Ambas besaron cariñosamente a Gabriel. Él era su sobrino favorito, el hijo de su hermana mayor difunta, Ellen, que se casó con T.J. Conroy, empleado de Puertos y Muelles.

–Gretta me dice que no van a alquilar un coche para regresar a Monkstown esta noche, Gabriel, dijo la tía Kate.

–No, dijo Gabriel, volteando hacia su esposa, ya tuvimos suficiente con lo que nos pasó el año pasado, ¿no es así? ¿Tía Kate, te acuerdas del resfriado que Gretta consiguió con eso? Las ventanillas del coche traqueteando por todo el camino y el viento del este metiéndose dentro en cuanto pasamos Merrion. Gretta agarró un resfriado tremendo.

La tía Kate frunció el ceño con gravedad y asintió con la cabeza a cada palabra dicha.

–Así es, Gabriel, así es, dijo. Hay que extremar el cuidado.

–Pero si fuese por la Gretta esta, dijo Gabriel, ella volvería a casa caminando en la nieve, si la dejan.

La señora Conroy rio.

–No le hagas caso, tía Kate, dijo. De verdad que él es un fastidioso terrible. Se la pasa obligando a Tom a que se ponga anteojos verdes para leer por la noche y haciéndolo levantar pesas, y forzando a Eva a comerse las gachas. ¡La pobre niña! ¡Y ella que simplemente odia hasta el verlas!... ¡Ah, pero no adivinarían nunca lo que me hace ponerme ahora!

Le entró un ataque de risa y miró a su marido, cuyos ojos admiradores y felices habían estado deambulando de su vestido a su cara y el cabello. Las dos tías también reían con muchas ganas, porque la extremada solicitud de Gabriel era siempre motivo de bromas entre ellas.

– ¡Galochas! dijo la señora Conroy. Esa es la última. Cada vez que el suelo se moja tengo que ponerme mis galochas. Hasta esta misma noche quería que me las pusiera, pero no lo hice. Lo próximo que me comprará será un traje de buzo.

Gabriel echó a reír nerviosamente y le dio unos toquecitos tranquilizadores a su corbata mientras la tía Kate casi se doblaba de risa, con tantas ganas celebró la broma. La sonrisa se borró pronto del rostro de la tía Julia y sus ojos tristes se dirigieron directamente al rostro de su sobrino. Tras una pausa preguntó:

– ¿Y qué son galochas, Gabriel?

– ¡Galochas, Julia! exclamó su hermana. Santo Dios, ¿no sabes lo que son galochas? Una se las pone sobre... sobre las botas, ¿no es así, Gretta?

–Sí, dijo la señora Conroy. Unas cosas de gutapercha, la tela esa. Ahora los dos tenemos cada uno su par. Gabriel dice que en el continente todo el mundo las usa.

–Ah, en el continente, murmuró la tía Julia con lentas inclinaciones de cabeza.

Gabriel frunció el entrecejo y dijo, aparentando estar algo enojado:

–No son ninguna maravilla, pero Gretta dice que es algo divertido porque la palabra le recuerda a los Christy Minstrels.<sup>1</sup>

–Pero dime, Gabriel, dijo la tía Kate con sumo tacto, por supuesto que ya habrás averiguado sobre la habitación. Gretta estaba diciendo...

–Oh, lo de la habitación está arreglado, replicó Gabriel. Tomé una en el Gresham.

–Seguro, dijo la tía Kate, es lo mejor que podías hacer. ¿Y los niños, Gretta, no les inquietan?

–Oh, es nada más por una noche, dijo la señora Conroy. Además, Bessie los va a cuidar.

–Seguro, volvió a decir la tía Kate. ¡Qué alivio, poder contar con una muchacha así, en la que una pueda confiar. Ahí está la Lily esa, juro que no sé lo que le pasa últimamente. Ya no es la muchacha de antes, para nada.

Gabriel estuvo a punto de hacerle algunas preguntas al respecto a su tía, pero ella lo interrumpió bruscamente para seguir con la mirada a su hermana, que marchaba errática escaleras abajo asomando la cabeza por sobre la baranda.

–¿Y ahora, te pregunto, a dónde va Julia? dijo casi con irritación. ¡Julia! ¡Julia! ¿Adónde vas?

Julia, que ya había descendido medio tramo, se devolvió y anunció sin emoción:

–Ahí esta Freddy.

En ese mismo momento los aplausos y una floritura final del piano indicaron que el vals había finalizado. La puerta del salón se abrió desde adentro y salieron algunas parejas. La tía Kate se llevó aparte a Gabriel apresuradamente y le susurró al oído:

–Sé bueno, Gabriel, y baja a ver si él está bien, y si anda borracho perdido no lo dejes subir. Estoy segura de que está borracho. Segura de que lo está.

Gabriel se dirigió a las escaleras y escuchó por sobre la baranda. Pudo oír a dos personas hablando en el recibo. Entonces reconoció la voz de Feddy Malins.

Bajó ruidosamente las escaleras.

–Es un alivio tan grande, le dijo la tía Kate a la señora Conroy, que Gabriel esté aquí. Siempre me tranquiliza la cabeza saber que él está aquí... Julia, aquí llegan la señorita Daly y la señorita Power a tomarse un refresco. Gracias por su bello vals, señorita Daly. Nos hizo pasar un rato encantador.

Un hombre alto de rostro marchito, con bigote grisáceo y tez oscura, que pasaba con su pareja dijo:

–¿Y nosotros podemos tomarnos algún refresco también, señorita Morkan?

–Julia, dijo la tía Kate tajantemente, y aquí están el señor Browne y la señorita Furlong. Hazlos pasar, Julia, junto con la señorita Daly y la señorita Power.

–Yo escolto a las damas, dijo el señor Browne, frunciendo los labios hasta hacer erizar el bigote y sonriendo con todas sus arrugas. Sepa usted, señorita Morkan, que la razón por la que les caigo tan bien es...

No finalizó la frase, pero al ver que el oído de la tía Kate había quedado fuera de alcance inmediatamente condujo a las damas al cuarto de atrás. El centro de la habitación lo ocupaban dos mesas cuadradas puestas una al lado de la otra, y sobre ellas tía Julia y el conserje estaban estirando y alisando un gran mantel. Sobre el aparador estaban dispuestos platos y bandejas, y vasos y haces de cuchillos y tenedores y cucharas. La tapa del piano vertical cerrado servía también de aparador para las viandas y los dulces. Ante un aparador más pequeño en un rincón estaban de pie dos jóvenes que tomaban licor de lúpulo. Como le dijeron que ellas jamás probaban ninguna bebida fuerte les destapó tres botellas de limonada. Luego le pidió a uno de los jóvenes que se hiciese a un lado, y apoderándose de la garrafa se sirvió un buen trago de whisky. Los jóvenes lo miraron con respeto tomarse un sorbo de degustación.

–Alabado sea el Señor, dijo sonriendo. Tal como me lo recetó el médico.

Su rostro marchito se abrió en una sonrisa más amplia, y la risa de las tres jóvenes damas hizo eco musical a la ocurrencia e hizo balancear sus cuerpos en vaivén, con nerviosas sacudidas de hombros. La más osada dijo:

–Vamos, señor Browne, estoy segura de que el doctor nunca le recetó nada de eso.

El señor Browne tomó otro sorbo de su whisky y dijo con fingida timidez:

–Bueno, usted verá, yo soy como la famosa señora Cassidy, de quien se cuenta que una vez dijo: *bueno, Mary Grimes, si no me lo tomo yo pues dámelo tú, que ganas tengo.*

Su cara caliente se había inclinado hacia adelante un poco excesivamente confianzuda, y había asumido un acento dublinés muy de los bajos fondos, así que las jóvenes damas recibieron su ocurrencia en silencio como siguiendo un mismo instinto. La señorita Furlong, que era una de las alumnas de Mary Jane, le preguntó a la señorita Daly el nombre del bonito vals que había tocado y el señor Browne, viendo que lo ignoraban, se volvió prestamente hacia los dos jóvenes, que se mostraban más receptivos.

Entró al cuarto una joven de vestido violeta con la cara encendida y presa de la excitación que daba palmadas y gritaba:

–¡Cuadrillas! ¡Cuadrillas!

Pisándole los talones llegó la tía Kate gritando:

–¡Dos caballeros y tres damas, Mary Jane!

–Oh, aquí están el señor Bergin y el señor Kerrigan, dijo Mary Jane. Señor Kerrigan, ¿usted quiere formar pareja con la se-

<sup>1</sup> Compañía de teatro popular de moda a fines del siglo XIX y comienzos del XX, creada a imagen y semejanza de la norteamericana, en la que actores y cantantes blancos maquillados hacían papeles de personajes negros. N. del T.

ñorita Power? Señorita Furlong, ¿aceptaría como pareja al señor Bergin? Ah, bueno, eso es todo.

—Tres damas, Mary Jane, dijo la tía Kate.

Los dos caballeros jóvenes les preguntaron a las damas si les concedían el placer, y Mary Jane se volvió hacia la señorita Daly.

—Ay, señorita Daly, de verdad que es abusar de su bondad después de haber tocado las dos últimas piezas, pero entienda que andamos un poquito faltos de damas esta noche.

—No tengo el menor inconveniente, señorita Morkan.

—Pero le conseguí una pareja muy agradable, el señor Bartell D'Arcy, el tenor. Más tarde voy a procurar que cante. Dublín entero está loco por él.

— ¡Voz adorable, voz adorable! dijo tía Kate.

Como el piano inició por segunda vez el preludio de la primera figura Mary Jane condujo rápidamente fuera de la habitación a sus reclutas. Apenas habían salido cuando ya la tía Julia entraba errática y mirando hacia algo que venía tras ella.

— ¿Qué te pasa, Julia? preguntó la señorita Kate ansiosamente ¿Quién es?

Julia, que traía una columna de servilletas, se volvió hacia su hermana y dijo simplemente, como si la pregunta la sorprendiese:

—No es sino Freddy, Kate, y Gabriel que viene con él.

En efecto, justo detrás de ella se podía ver a Gabriel sirviéndole de práctico a Freddy Malins para que atracase felizmente en puerto. Este último, un joven de unos cuarenta años, tenía el tamaño y la contextura de Gabriel, con hombros bien redondeados. Era relleno y pálido de cara, con un toque de color tan solo en los lóbulos de las orejas gruesos y colgantes y en las anchas aletas de la nariz. Las facciones toscas, una nariz roma, la frente convexa y como en retroceso, los labios hinchados y protuberantes; sus ojos de párpados pesados y el desorden de su escaso pelo lo hacían parecer somnoliento. Venía riéndose con entusiasmo y en tono agudo de un cuento que le había estado contando a Gabriel en las escaleras, y al mismo tiempo frotándose en toda dirección el ojo izquierdo con los nudillos del puño izquierdo.

— Buenas noches, Freddy, dijo la tía Julia.

Freddy Malins les dio las buenas noches a las señoritas Morkan de una manera que parecía pasada de moda a causa de la habitual dificultad oculta en su voz, y en seguida, al ver que el señor Browne le sonreía desde el aparador, cruzó la habitación sostenido por unas piernas demasiado vacilantes y comenzó a repetir en voz baja el cuento que acababa de echarle a Gabriel.

—Él no está tan mal, ¿verdad? le dijo la tía Kate a Gabriel.

Gabriel traía el ceño fosco, pero lo despejó rápidamente y respondió:

—No, apenas se le nota.

— ¡Vamos, que es un tipo terrible! dijo ella. Y eso que en la Nochevieja su pobre madre le hizo prometer que dejaría la bebida. Pero entremos al salón, Gabriel.

Antes de abandonar la habitación con Gabriel le hizo señas al señor Browne frunciendo el entrecejo y sacudiendo el índice de un lado a otro, en señal de advertencia. El señor Browne sonrió en respuesta, y en cuanto ella se marchó le dijo a Freddy Malins:

—Vamos, pues, Teddy, te voy a llenar un buen vaso de limonada para que te entones.

Freddy Malins, que ya estaba a punto de llegar al clímax de su cuento, hizo un gesto de rechazo impaciente, pero el señor Browne, luego de llamarle la atención a Freddy Malins hacia un desarreglo en su traje le sirvió un vaso lleno de limonada. La mano izquierda de Freddy aceptó el vaso mecánicamente, y la mano derecha se dedicó al arreglo mecánico del traje. El señor Browne, cuyo rostro se volvió a arrugar de regocijo, se sirvió un vaso de whisky mientras Freddy Malins estallaba antes de haber llegado del todo al clímax de su cuento retorciéndose en una estridente carcajada bronquítica y, poniendo a un lado el vaso rebosante que todavía no había probado siquiera, empezó a frotarse en toda dirección el ojo izquierdo con los nudillos de su puño izquierdo, repitiendo palabras de la frase anterior cuando se lo permitía el ataque de risa.

Gabriel no podía poner atención mientras Mary Jane tocaba su pieza académica, llena de carrerillas y pasajes dificultosos, para el salón en silencio. Le encantaba la música, pero para él la pieza que ella estaba tocando carecía de melodía, y dudaba de que la tuviese para los demás oyentes, aunque habían sido ellos quienes le suplicaron a Mary Jane que tocara algo. Cuatro jóvenes atraídos por el sonido del piano desde el cuarto donde estaban los refrescos hasta la puerta del salón, se habían marchado en parejas a los pocos minutos. Las únicas personas que parecían seguir la música eran la propia Mary Jane, sus manos recorriendo el teclado o alejándose de él como las de una sacerdotisa en un momento de invocación, y la tía Kate de pie a su costado para pasar las páginas.

Los ojos de Gabriel, irritados por la vista del piso que relumbraba por la cera bajo la pesada lámpara colgante, vagaron hasta la pared encima del piano. En ella colgaba un cuadro de la escena del balcón en *Romeo y Julieta* y a su lado estaba una reproducción de los jóvenes príncipes asesinados en la Torre<sup>2</sup> que la tía Julia había bordado en lana roja, azul y parda cuando niña. Probablemente les habían enseñado ese tipo de labor en el colegio al que asistieron en la infancia, porque una vez su madre le estuvo tejiendo durante todo un año como regalo de cumpleaños un chaleco de tabinete púrpura, con cabecitas de zorro, forrado en raso pardo y botones redondos morados. Resultaba extraño que su madre no tuviese talento musical, a pesar de que la tía Kate siempre decía que ella era la genio de la familia Morkan. Tanto ella como Julia parecieron siempre sentirse orgullosas de su seria y matriarcal hermana. Había una foto suya delante del gran espejo de pared. Sostenía un libro abierto sobre las rodillas y le señalaba algo en él a Constantine trajeado de marinerito, acostado a sus pies. Era ella quien había elegido los nombres para sus hijos,

<sup>2</sup> Los hijos del rey de Inglaterra Eduardo IV, ejecutados en la Torre de Londres por su tío, quien se convertiría en Ricardo III. N. del T.

porque era la que más apreciaba el protocolo de la vida familiar. Gracias a ella Constantine había llegado a párroco principal de Balbiggran, y también gracias a ella el propio Gabriel se había graduado en la Royal University. Por sobre su rostro pasó una sombra al recordar su obstinada oposición a su casamiento. En la memoria todavía le escocían algunas frases de menosprecio que utilizó; una vez dijo que Gretta no pasaba de ser una aldeana bonita, y eso no era cierto. Fue Gretta quien cuidó de ella durante toda la larga enfermedad que pasó en la casa de Monkstown.

Supo que Mary Jane debía estar ya a punto de terminar su pieza porque volvió a tocar la melodía de apertura con carrerillas de escalas tras cada compás, y mientras aguardaba por el final el resentimiento fue muriendo en su corazón. La pieza concluyó con un trino de octavas en los agudos y al final una octava profunda en el bajo. Un gran aplauso ovacionó a Mary Jane mientras ella escapaba del salón ruborizándose y enrollando nerviosamente su partitura. El aplauso más vigoroso provenía de los cuatro jóvenes en la puerta que se habían marchado al cuarto de los refrescos al comienzo de la pieza, pero regresaron en cuanto el piano dejó de sonar.

Los Lanceros<sup>3</sup> empezaron a ocupar sus lugares. Gabriel se encontró formando pareja con la señorita Ivors. Era una damita habladora y desvuelta, con la cara cubierta de pecas y ojos pardos saltones. Su vestido no llevaba escote, y el gran broche prendido a la pechera mostraba un emblema irlandés.

Cuando ocuparon sus lugares ella dijo abruptamente:

–Usted tiene una cuenta pendiente conmigo.

–¿Con usted? dijo Gabriel.

Ella asintió con gravedad.

–¿Y cuál es? preguntó Gabriel, sonriendo ante su comportamiento solemne.

–¿Quién es G.C.? preguntó la señorita Ivors, volviendo la mirada hacia él.

Gabriel se sonrojó, y estaba a punto de fruncir el ceño como si no comprendiese, cuando ella dijo con brusquedad:

–¡Ay, cuánta inocencia! Descubrí que usted escribe para *The Daily Express*.<sup>4</sup>

–¿Y por qué tendría que avergonzarme? preguntó Gabriel, parpadeando e intentando sonreír.

–Pues bien, yo me avergüenzo de usted, dijo la señorita Ivors con franqueza. Pensar que escribe para una basura como esa. No creía que fuese un vendido a los ingleses.

En el rostro de Gabriel apareció una expresión de perplejidad. Era verdad que él escribía una columna literaria todos los viernes en *The Daily Express*, por la que le pagaban quince chelines. Pero con toda seguridad eso no lo volvía un vendido a los ingleses. Los libros que recibía para comentarlos eran casi siempre más bienvenidos que el cheque miserable. Adoraba palpar las cubiertas y pasar las páginas de los libros recién impresos. Casi cada día al terminar sus clases en el instituto se iba a recorrer los muelles hasta donde estaban las librerías de segunda mano, la de Hickey en Bachelor's Walk, la de Webb o la de Massey en Astor's Quay, o la de O'Clohissey en la transversal. No sabía cómo hacerle frente a la acusación. Quería decir que la literatura estaba por encima de la política. Pero ambos eran amigos de muchos años atrás, y sus carreras habían ido en paralelo, primero en la Universidad y después como profesores: no podía arriesgarse a emplear una frase grandilocuente con ella. Continuó parpadeando e intentando sonreírse y murmuró sin mucha convicción que no le veía nada de político a escribir comentarios de libros.

Cuando les llegó el turno de cambiar de pareja todavía permanecía perplejo y desatento. La señorita Ivors le tomó prestamente la mano en un apretón cálido y le dijo en tono suavemente amistoso:

–Por supuesto que solamente le estaba gastando una broma. Vamos, nos toca cruzarnos.

Cuando volvieron a juntarse ella habló del problema de la Universidad<sup>5</sup> y Gabriel se sintió más aliviado. Un amigo de ella le había mostrado su comentario sobre unos poemas de Browning. Fue así como se enteró del secreto. Pero el comentario le había gustado muchísimo. Entonces dijo repentinamente:

–Ah, señor Conroy, ¿querría venir a una excursión a las islas Aran este verano? Nos vamos a pasar un mes completo allá. Será espléndido estar en el Atlántico. Ustedes deberían venir. El señor Clancy viene, y el señor Kilkenny, y Kathleen Kearney. Va a ser espléndido también para Gretta si ella viene. Ella es de Connacht, ¿no?

–Su familia sí, dijo Gabriel, cortante.

–Pero usted sí vendrá, ¿no? dijo la señorita Ivors, apoyando con vehemencia la mano cálida sobre su brazo.

–Lo que pasa es que yo ya hice los arreglos para ir a...

–¿Ir dónde? preguntó la señorita Ivors.

–Bueno, generalmente vamos a Francia o a Bélgica, o a lo mejor a Alemania, dijo Gabriel con embarazo.

–¿Y por qué van a Francia o a Bélgica en vez de visitar su propia tierra? dijo la señorita Ivors.

–Bueno, dijo Gabriel, en parte es para mantenerme en contacto con esos idiomas, y en parte también por cambiar.

–¿Y ustedes no tienen su propio idioma con que mantenerse en contacto: el irlandés? preguntó la señorita Ivors.

–Bueno, dijo Gabriel, si a eso vamos, usted sabe, el irlandés no es mi idioma.

Sus vecinos se habían dado vuelta para escuchar el interrogatorio. Gabriel miró a derecha e izquierda nerviosamente y trató de mantener su buen humor bajo la ordalía que estaba haciendo que el rubor le invadiese la frente.

<sup>3</sup> La formación de la danza de cuadrillas más popular desde finales del siglo XIX. N. del T.

<sup>4</sup> Diario ultraconservador irlandés, de orientación anglicana, órgano del empresariado y de las clases pudientes, y partidario del anexionismo a la corona inglesa. N. del T.

<sup>5</sup> Para el momento del relato, el Trinity College, la principal universidad del país, estaba afiliada oficialmente al protestantismo, en tanto que la gran mayoría del estudiantado y el profesorado era católico y romano e independentista. N. del T.

– ¿Y usted no tiene su propia tierra que visitar, prosiguió la señorita Ivors, de la que no sabe nada, su propio pueblo, su propio país?

–Pues para decirle la verdad, replicó Gabriel con brusquedad, estoy harto de mi propio país. ¡Harto de él!

– ¿Por qué? preguntó la señorita Ivors.

Gabriel no contestó porque su propia réplica lo había enardecido.

– ¿Por qué? repitió la señorita Ivors.

Tuvieron que pasar a Las Visitas 6 juntos, y como él no le había contestado la señorita Ivors le dijo encarecidamente:

–Por supuesto, no tiene respuesta.

Gabriel trató de encubrir su agitación participando en el baile con mucha energía. Evitaba los ojos de ella porque había visto una expresión agría en su rostro. Pero cuando se volvieron a encontrar en la larga cadena lo sorprendió sentir un fuerte apretón de mano. Ella lo estuvo mirando desde debajo de las cejas de una forma entre burlona e intrigada hasta que él sonrió. Entonces, justo cuando la cadena estaba a punto de recomenzar, se alzó sobre la punta de los pies y le susurró al oído: ¡vendido!

Cuando terminó Los Lanceros Gabriel se marchó a un rincón del salón alejado, donde estaba sentada la madre de Freddy Malins. Era una vieja gorda y fofa de cabello blanco. Su voz tenía la misma dificultad de su hijo y tartamudeaba un poco. Le habían dicho que Freddy ya había llegado y que estaba casi sobrio. Gabriel le preguntó si había tenido un buen viaje. Ella vivía con una hija casada en Glasgow y venía a Dublín de visita una vez al año. Le respondió plácidamente que había tenido un bello viaje y que el capitán había sido sumamente atento con ella. Le habló también de la hermosa casa que su hija tenía en Glasgow, y de todos los amigos amables que tenían allá. Mientras le daba a la lengua Gabriel trataba de borrar de su mente todo recuerdo del desagradable incidente con la señorita Ivors. Por supuesto que la muchacha, o mujer, o lo que ella fuese era una fanática, pero cada cosa tiene su momento. Quizás él no debió responderle de esa manera. Pero ella no tenía derecho a llamarlo bandido delante de la gente, ni siquiera en broma. Había tratado de ponerlo en ridículo delante de la gente provocándolo y viéndolo con sus ojos de coneja.

Vio a su esposa abriéndose paso hasta él por entre las parejas que bailaban el vals. Cuando llegó hasta él le dijo al oído:

–Tía Kate quiere saber si no trincharás el ganso como de costumbre. La señorita Daly lo hará con el jamón y yo me encargaré del pudín.

–Está bien, dijo Gabriel.

–Ella les servirá a los más jóvenes primero en cuanto termine este vals, para que luego tengamos la mesa para nosotros solos.

– ¿Estabas bailando? preguntó Gabriel.

–Claro que sí. ¿No me viste? ¿Y tú de qué discutías tanto con la señorita Ivors?

–De nada. ¿Por qué? ¿Acaso ella comentó algo?

–Más o menos. Estoy tratando de conseguir que el señor D’Arcy cante. Creo que es demasiado engreído.

–No hubo ninguna discusión, dijo Gabriel malhumoradamente. Solamente que ella quería que yo fuese a un viaje al oeste de Irlanda y le dije que no.

Su esposa juntó las manos excitada y dio un pequeño salto.

– ¡Ay, Gabriel, vamos! gritó. Me encantaría volver a ver Galway.

–Puedes ir si quieres, dijo Gabriel con frialdad.

Ella lo miró por un momento y se volvió hacia la señora Malins y dijo:

–Aquí tiene usted un lindo marido, señora Malins.

Cuando emprendió el camino de vuelta a través del salón la señora Malins, como si no hubiese ocurrido la interrupción, siguió contándole a Gabriel los lugares bellos que había en Escocia y sus bellos paisajes. Su yerno las llevaba todos los años a los lagos y se iban a pescar. Su yerno era un pescador espléndido. Un día sacó un pescado, un pescado bello grande, grande y el hombre del hotel se los hirvió para la cena.

Gabriel apenas escuchaba lo que ella decía. Ahora que la cena se acercaba comenzaba a pensar de nuevo en su discurso y en la cita. Cuando vio a Freddy Malins venir a través del salón a visitar a su madre le dejó libre la silla y se retiró al alféizar de la ventana. El salón ya estaba casi vacío y del cuarto de atrás llegaba el traqueteo de platos y cuchillos. Los que aún permanecían en el salón parecían cansados de bailar y conversaban en voz baja en grupos pequeños. Los cálidos dedos temblorosos de Gabriel tamborileaban sobre el cristal frío de la ventana. ¡Qué frío estaría haciendo allá afuera! ¡Qué placentero sería salir a caminar a solas, primero a lo largo del río y luego a través del bosque. La nieve estaría cubriendo las ramas de los árboles y formándole un gorro radiante al monumento de Wellington. ¡Cuánto más placentero sería estar allí que en la mesa de la cena!

Repasó los puntos de su discurso: la hospitalidad irlandesa, los recuerdos tristes, las Tres Gracias, Paris, la cita de Browning. Se repetía una frase que había escrito en su comentario: *Uno siente que está escuchando una música atormentada por los pensamientos.* La señorita Ivors había elogiado el comentario. ¿Habría sido sincera? ¿Tendría ella de verdad una vida propia detrás de toda aquella propaganda? Hasta esa noche nunca había existido animadversión entre ellos. Lo enervaba pensar que ella estaría en la mesa de la cena mirándolo con sus burlones ojos críticos mientras él hablaba. Quizá no la entristecería verlo fracasar en su discurso. Le vino una idea a la mente que le dio ánimo. Diría, aludiendo a la tía Kate y a la tía Julia: *Damas y Caballeros, la generación que hoy languidece entre nosotros puede haber tenido sus faltas, pero por mi parte pienso que tuvo ciertas cualidades de hospitalidad, de humor, de humanidad, que me parece a mí le faltan a la generación nueva y muy seria e hipereducada que se está desarrollando en torno nuestro.* Muy bien: era una buena punta contra la señorita Ivors. ¿Qué le importaba a él que sus tías no fuesen sino un par de viejas ignorantes?

6 Una de las figuras de la cuadrilla Los lanceros. N. del T.

Le atrajo la atención un murmullo en el salón. El señor Browne avanzaba desde la puerta, escoltando galantemente a la tía Julia, reclinada de su brazo, sonriendo e inclinando la cabeza. Una salva de aplausos desordenada la escoltó también hasta el piano y luego se fue apagando, mientras Mary Jane se sentaba en la banqueta y la tía Julia, que ya no sonreía daba una media vuelta para que su voz se proyectara bien en el salón. Gabriel reconoció el prelude. Era el de una vieja canción de la tía Julia: *Vestida para la boda*. Su voz, de tono fuerte y claro, atacó con gran ánimo los arpegios que ornamentaban la melodía, y aunque cantaba con mucha rapidez no se saltó ni la más mínima floritura. Seguir la voz sin ver el rostro de la cantante era sentir y compartir la excitación del vuelo raudo y seguro. Gabriel aplaudió ruidosamente junto con los demás el final de la canción, y de la mesa de la cena fuera de la vista provino también un sonoro aplauso. Sonó todo tan genuino, que un leve rubor luchó por aflorar en el rostro de la tía Julia al inclinarse a reponer sobre el atril el viejo cancionero encuadernado en cuero que tenía sus iniciales en la cubierta. Freddy Malins, que había escuchado con la cabeza echada a un lado para oírla mejor, seguía aplaudiendo cuando todos los demás habían dejado de hacerlo, y hablaba animadamente con su madre, que asentía grave y lentamente con la cabeza, aprobando. Por último, cuando ya no pudo aplaudir más, se puso de pie súbitamente y atravesó el salón a la carrera hasta donde estaba la tía Julia y tomaba su mano entre las suyas, sacudiéndola, cuando le faltaban las palabras o la dificultad en la voz se agravaba demasiado.

—Justo le estaba diciendo a mi madre, dijo, que nunca la había oído cantar tan bien, nunca. No, nunca oí sonar su voz tan bien como esta noche. ¡Caray! ¿No me lo cree? Es la verdad. Palabra de honor que es la verdad. Nunca oí su voz sonar tan fresca y tan... tan clara y fresca, nunca.

La tía Julia dejó ver una sonrisa amplia y murmuró algo acerca de los cumplidos al liberar su mano del apretón. El señor Browne le tendió su mano y les dijo a los que tenía cerca, a la manera del animador de espectáculos que le presenta un prodigio al público:

— ¡La señorita Julia Morkan, mi último descubrimiento!

Reía de su gracia con todas sus fuerzas cuando Freddy Malins volteó hacia él y dijo:

—Bueno, Browne, si lo dices en serio podrías hacer un descubrimiento peor. Lo único que puedo decir yo es que en todo el tiempo que llevo viniendo acá nunca la oí cantar ni la mitad de tan bien. ¡Y esa es la pura verdad!

—Ni yo tampoco, dijo el señor Browne. Creo que su voz ha mejorado muchísimo.

La tía Julia se encogió de hombros y dijo con orgullo tímido:

—Hace treinta años yo no tenía mala voz, comparada con otras no era tan mala.

—Siempre le he dicho a Julia, dijo la tía Kate haciendo énfasis, que simplemente ella ha estado desperdiciando su talento en ese coro. Pero nunca me hace caso.

Se dio vuelta como si apelase al buen sentido de los demás ante una niña testaruda, mientras la tía Julia la miraba de frente, con una vaga sonrisa de reminiscencia retozando en su rostro.

—No, prosiguió la tía Kate, no se deja aconsejar ni guiar por nadie, esclavizada en ese coro día y noche, día y noche. ¡A las seis de la mañana el día de Navidad! ¿Y todo para qué?

—Bueno, ¿no es para honrar a Dios, tía Kate? preguntó Mary Jane, girando en redondo sobre la banqueta.

La tía Kate se volteó hecha una fiera hacia su sobrina y dijo:

—Me sé todo cuanto hay que saber del honor a Dios, Mary Jane, pero pienso que no tiene nada de honorable que el Papa expulse a las mujeres de los coros de los que han sido esclavas toda la vida y ponga por sobre de ellas a unos pequeños mequetrefes. Supongo que el Papa lo hace por el bien de la Iglesia. Pero no es justo, Mary Jane, y no está nada bien.

Se había apasionado en exceso y habría continuado la defensa de su hermana porque era un tema doloroso para ella, pero Mary Jane, viendo que todos los bailarines habían regresado, intervino en son pacificador:

—Vamos, tía Kate, estás dando un escándalo delante del señor Browne, que es de otra creencia.

La tía Kate se volvió hacia el señor Browne, que sonreía ante esa alusión a su religión y dijo apresuradamente:

—Oh, no pongo en duda que el Papa tenga razón. Yo no soy más que una vieja estúpida y no soy quién para hacer algo así. Pero existen cosas como la cortesía y la gratitud comunes y corrientes. Y si estuviera en el lugar de Julia le diría eso en su propia cara al padre Healy...

—Y además, tía Kate, dijo Mary Jane, de verdad todos tenemos hambre, y cuando estamos hambrientos nos ponemos todos muy pendencieros.

—Y cuando estamos sedientos también nos ponemos pendencieros, agregó el señor Browne.

—Así que lo mejor sería que nos vayamos a cenar, dijo Mary Jane, y terminamos la discusión después.

En el rellano fuera del salón Gabriel encontró a su esposa y a Mary Jane tratando de persuadir a la señorita Ivors para que se quedase a cenar. Pero la señorita Ivors, que se había puesto el sombrero y se abotonaba la capa, no tenía intención de quedarse. No sentía hambre y ya había permanecido allí más tiempo del previsto.

—Pero son solamente diez minutos más, Molly, dijo la señora Conroy. Eso no te va a retrasar.

—Nada más para comerte un bocado, dijo Mary Jane. Después de tanto bailar.

—De verdad que no puedo, dijo la señorita Ivors.

—Me temo que no disfrutaste para nada, dijo Mary Jane desalentada.

—No, todo lo contrario, te lo aseguro, dijo la señorita Ivors, pero de verdad tienen que dejarme marchar.

—¿Pero cómo vas a llegar a tu casa? preguntó la señora Conroy.

—Oh, sólo son dos pasos muelle arriba.

Gabriel dudó por un momento y dijo:

—Si me lo permite, señorita Ivors, la acompañaré hasta su casa si de verdad tiene que irse.

Pero la señorita Ivor se zafó de ellos.

—Ni hablar de eso, gritó. ¡Por amor de Dios, váyanse a cenar y no se preocupen por mí. Puedo cuidarme perfectamente bien yo sola.

—Bueno, hay que ver que eres una chica bien cómica, Molly, dijo la señora Conroy con franqueza.

—*Beannachtlibh*<sup>7</sup>, gritó la señorita Ivors con una carcajada, mientras corría escaleras abajo.

Mary Jane la vio marcharse con una expresión de perplejidad malhumorada en el rostro, mientras la señora Conroy se inclinaba por sobre la baranda atenta al ruido de la puerta. Gabriel se preguntaba si había sido él el causante de su abrupta partida. Pero ella no parecía disgustada: se había ido riéndose. Se quedó contemplando la escalera con una mirada ausente.

En ese momento la tía Kate salió tambaleante del comedor, estrujándose las manos de la desesperación.

—¿Dónde está Gabriel? gritaba. ¿Dónde se metió Gabriel? ¡Todo el mundo está ahí esperando, todo preparado, y no hay nadie que trinche el ganso!

— ¡Aquí estoy, tía Kate! gritó Gabriel, animándose repentinamente, listo para trinchar una bandada entera de gansos de ser necesario.

Un gordo ganso asado pardo estaba apostado en un extremo de la mesa, y en el extremo opuesto, colocado sobre un lecho de papel con estrías y regado con ramitas de perejil, estaba apostado un gran jamón al que se había despojado de la piel y rociado de migajas de costra de pan, con un prolijo fleco de papel alrededor de los huesos desnudos de las patas, y a un lado una gruesa rodaja de carne sazónada con especias. Entre ambos extremos rivales corrían filas paralelas de platos con guarnición: dos campanarios de gelatina, uno rojo y uno amarillo; un plato llano repleto de manjar blanco y jalea roja en bloques, un platón verde en forma de hoja con mango en forma de tallo, en el cual había montoncitos de pasas y almendras peladas, otro plato que hacía juego con el anterior, con un sólido rectángulo de higos de Esmirna, un plato de natilla rociada con ralladuras de nuez moscada, un bol pequeño lleno de chocolates y caramelos envueltos en papel dorado y plateado, y un jarrón de vidrio que mostraba varios tallos de celery. En el centro de la mesa estaban en posición de firmes, como centinelas de una frutera que sostenía una pirámide de naranjas y manzanas norteamericanas, dos garrafas achatadas de vidrio tallado al estilo antiguo, una de oporto y la otra de jerez dulce. Sobre el piano vertical cerrado estaba apostado a la espera un pudín en un plato amarillo gigantesco, y detrás suyo tres escuadras de botellas de cerveza negra y cerveza suave y agua mineral ordenadas según el color de sus uniformes, las dos primeras negras con etiquetas pardas y rojas, la tercera escuadra, menos numerosa, blanca con bandas transversales verdes.

Gabriel tomó asiento decididamente a la cabecera de la mesa, y una vez examinado el filo del cuchillo de trinchar, enterró con firmeza el tenedor en el ganso. Ahora se sentía muy seguro porque era un trinchador experto, y no había cosa que le gustara más que hallarse en la cabecera de una mesa bien apertrechada.

—Señorita Furlong, ¿qué le pongo? preguntó. ¿Un ala o una rodaja de pechuga?

—Nada más una rodajita de pechuga.

—Señorita Higgins ¿y a usted?

—Oh, cualquier cosa, señor Conroy.

Mientras Gabriel y la señorita Daly servían platos de ganso y platos de jamón y carne sazónada con especias, Lily iba de comensal en comensal con una bandeja de papas harinosas calientes envueltas en una servilleta blanca. Esta fue una idea de Mary Jane, que también sugirió salsa de manzana para el ganso, pero la tía Kate dijo que el ganso simplemente asado y sin salsa de manzana siempre le había gustado mucho, y tenía la esperanza de no comer jamás nada peor. Mary Jane atendía a sus alumnas y cuidaba de que tuviesen las mejores rodajas, y la tía Kate y la tía Julia destapaban y traían desde el piano botellas de cerveza negra y cerveza suave para los caballeros y botellas de agua mineral para las damas. Había una confusión enorme y risas y ruido, el ruido de órdenes y contraórdenes, de cuchillos y tenedores, de corchos y tapones de vidrio. En cuanto concluyó la primera tanda Gabriel comenzó a trinchar la tanda de las repeticiones, sin aún haberse servido él su primera. Todo el mundo protestó ruidosamente, así que tuvo que transigir y tomarse un buen trago de cerveza negra, pues la tarea de trinchar lo había acalorado. Mary Jane se sentó a comer tranquilamente, pero la tía Kate y la tía Julia andaban todavía cruzándose en los respectivos caminos y dándose órdenes que ninguna de las dos atendía. El señor Browne les suplicó que se sentaran a cenar, y lo mismo hizo Gabriel, pero ambas dijeron que ya habría tiempo de sobra para eso, así que por último Freddy Malins se levantó y capturó a la tía Kate y la depositó sobre su silla en medio de la risa general.

Cuando todos quedaron debidamente servidos Gabriel dijo sonriendo:

—Bueno, si alguien quiere un poco más de eso que la gente vulgar llama atracón, que él o ella lo diga.

Un coro de voces lo invitó a dar inicio a su propia cena, y Lily se presentó con tres papas que le había reservado.

—Muy bien, dijo Gabriel afablemente mientras se tomaba otro trago preparatorio, damas y caballeros, tengan ustedes la amabilidad de olvidarse de mi existencia por unos minutos.

Se concentró en su cena y no tomó parte en la conversación con la que los comensales cubrieron la recogida de la vajilla que hizo Lily. El tema fue la compañía de ópera que actuaba en el Theatre Royal. El señor Bartell D'Arcy, el tenor, joven de tez oscura y bigote atildado, se deshizo en elogios de la primera contralto de la compañía, pero la señorita Furlong pensaba que tenía un estilo de ejecución bastante vulgar. Freddy Malins dijo que había un solista negro que cantaba en la segunda parte de la pantomima navideña del teatro Gaiety dueño de una de las mejores voces de tenor que él hubiese escuchado jamás.

—¿Usted lo ha oído? le preguntó al señor Bartell D'Arcy, al otro lado de la mesa.

—No, respondió el señor Bartell D'Arcy sin mostrar interés.

<sup>7</sup> Fórmula de despedida en irlandés, equivale a adiós. N. del T.



–Porque, explicó Freddy Malins, tenía curiosidad por saber qué opinaba de él. Creo que tiene una gran voz.

–Este Teddy siempre descubriendo cosas buenas, dijo el señor Browne confanzado para toda la mesa.

–¿Y por qué no podría tener buena voz él también? preguntó Freddy Malins con brusquedad. ¿Simplemente porque es negro?

Nadie respondió esa pregunta y Mary Jane condujo a toda la mesa de vuelta al tema de la ópera legítima. Una de sus alumnas le había dado un pase para Mignon. Por supuesto que era muy buena, dijo, pero la ponía a pensar en la pobre Georgina Burns. El señor Browne se remontó aún más atrás, a las viejas compañías italianas que solían llegar a Dublín: Tietjens, Ilma de Murzka, Campanini, el gran Trebollo, Giuglini, Ravelli, Aramburo. Eran los tiempos en que había que cantar bien para que te escucharan en Dublín. Contó también cómo el gallinero del viejo Royal se llenaba siempre hasta el tope noche tras noche, cómo una noche un tenor italiano cantó cinco bises de *Déjame morir como muere un soldado*, con do de pecho cada vez, y cómo los muchachos de la galería a veces en su entusiasmo desenganchaban los caballos del coche de alguna gran *prima donna* y tiraban de él por las calles hasta su hotel. ¿Por qué razón ahora nunca presentan las grandes óperas, pregunto, *Dinorah, Lucrecia Borgia*? Porque ya no se conseguían las voces que pudiesen cantarlas, por eso era.

–Bueno, dijo el señor Bartell D’Arcy, yo creo que hoy día hay tan buenos cantantes como antes.

–¿Y dónde están? preguntó el señor Browne en tono desafiante.

–En Londres, París, Milán, dijo el señor Bartell D’Arcy con entusiasmo. Supongo que Caruso, por ejemplo, es tan bueno, si no mejor, como esos que usted ha mencionado.

–Puede que sea así, dijo el señor Browne. Pero déjeme decirle que lo dudo muchísimo.

–Ay, daría cualquier cosa por oír cantar a Caruso, dijo Mary Jane.

–Para mí, dijo la tía Kate, que había estado royendo un hueso, ha habido un solo tenor. Que me guste, quiero decir. Pero supongo que ninguno de ustedes jamás ha oído hablar de él.

–¿Quién era, señorita Morkan? preguntó el señor Bartell D’Arcy cortésmente.

–Se llamaba Parkinson, dijo la tía Kate. Lo oí cuando estaba en su apogeo, y creo que en ese entonces tenía la voz de tenor más pura que haya tenido jamás una garganta humana.

–Qué raro, dijo el señor Bartell D’Arcy. Nunca he oído hablar de él.

–Sí, sí, la señorita Morkan tiene razón, dijo el señor Browne. Recuerdo haber oído del viejo Parkinson, pero es demasiado antiguo para mí.

–Un tenor inglés de voz bella pura dulce suave, dijo la tía Kate con entusiasmo.

Como ya Gabriel había terminado de comer el enorme pudín fue trasladado a la mesa. Se reanudó el traqueteo de tenedores y cucharas. La esposa de Gabriel sirvió el pudín con el cucharón e hizo circular los platos por la mesa. A mitad de camino los detenía Mary Jane para rellenarlos con jalea de frambuesa o naranja, o con manjar blanco y jamón. El pudín lo había hecho tía Julia y de todas partes le llovían elogios. Pero ella decía que no había quedado lo bastante pardo.

–Bueno, señorita Morkan, dijo el señor Browne, espero resultar lo bastante pardo para su gusto, pues como se sabe soy todo pardo<sup>8</sup>.

Todos los caballeros, excepto Gabriel, comieron algo del pudín como cumplido para la tía Julia. Como Gabriel jamás comía dulces le habían dejado todo el celery. Freddy Malins también cogió un tallo y se lo comió con su pudín. Le habían dicho que el celery era muy bueno para la sangre, y justamente estaba bajo tratamiento médico. La señora Malins, que había permanecido en silencio durante toda la cena, dijo que su hijo iría a Mount Melleray dentro de más o menos una semana. Todos en la mesa empezaron a hablar de Mount Melleray, de lo tonificador que era el aire ahí, de lo hospitalarios que eran los monjes y de cómo nunca les pedían ni un penique a sus huéspedes.

–¿Y ustedes me están queriendo decir, preguntó el señor Browne, incrédulo, que cualquiera puede ir allá y hospedarse como si fuese un hotel, y vivir a cuerpo de rey, y luego marcharse sin pagar ni un cuarto de penique?

–Bueno, la mayoría de las personas le hace alguna donación al monasterio cuando se va, dijo Mary Jane.

–Quisiera que tuviésemos una institución como esa en nuestra Iglesia, dijo el señor Browne candorosamente. Se quedó atónito cuando escuchó que los monjes no hablaban nunca, se levantaban a las dos de la madrugada y dormían en sus ataúdes. Preguntó por qué lo hacían.

–Son reglas de la orden trapense, dijo la tía Kate con firmeza.

–Sí, ¿pero por qué? preguntó el señor Browne.

La tía Kate repitió que eran las reglas de la orden, eso era todo. El señor Browne parecía no entender aún. Freddy Malins le explicó, lo mejor que pudo, que los monjes trataban de expiar los pecados cometidos por todos los pecadores del mundo exterior. La explicación no estuvo muy clara para el señor Browne, que sonrió y dijo:

–Me gusta mucho la idea, ¿pero no les funcionaría igual un colchón de resortes cómodo que un ataúd?

–El ataúd, dijo Mary Jane, es para recordarles su destino final.

Como el tema se había vuelto lúgubre, los de la mesa lo sepultaron bajo un silencio en medio del cual se pudo oír a la señora Malins decirle a su vecina en audible voz baja:

–Son muy buena gente esos monjes, hombres muy piadosos.

Las pasas y las almendras y los higos y las manzanas y las naranjas y los chocolates y los caramelos circulaban ahora por la

<sup>8</sup> Brown(e) significa pardo o marrón en inglés. Obviamente la repetición insistente de brown en este cuento y el resto del libro es intencionada. N. del T.

mesa y la tía Julia convidó a todos los comensales a tomarse un oporto o un jerez. Al principio el señor BartellD'Arcy se negó a ambas opciones, pero uno de sus vecinos le dio con el codo y le susurró al oído algo que le hizo permitir que le llenaran la copa. Gradualmente, a medida que se iban llenando las últimas copas, cesó la conversación. Siguió una pausa solo interrumpida por el ruido del vino y los reacomodos de sillas. Las señoritas Morkan, las tres, contemplaban el mantel. Alguien tosió un par de veces y entonces algunos de los caballeros dieron unos golpecitos en la mesa en señal de silencio. Vino el silencio y Gabriel echó atrás su silla y se puso de pie.

Los golpecitos se fueron haciendo cada vez más audibles y estimuladores y luego cesaron todos a una. Gabriel apoyó sus diez dedos temblorosos en el mantel y les sonrió nerviosamente a los presentes. Encarando la hilera de rostros vueltos hacia él alzó la vista hacia el candelabro colgante. El piano tocaba un vals y podía escuchar las faldas rozar la puerta cerrada del salón. Quizás allá afuera había personas de pie en la nieve del muelle atisbando las ventanas iluminadas y oyendo la música del vals. El aire era puro allá. En la distancia el parque se tendía con sus árboles agobiados bajo el peso de la nieve. El Monumento a Wellington tenía puesto un gorro de nieve refulgente que proyectaba sus destellos hacia el poniente por sobre el prado blanco de los Fifteen Acres.

Comenzó:

–Damas y caballeros.

–Me ha tocado esta noche, al igual que en años anteriores, ejecutar una tarea muy placentera, pero a la vez una tarea para la cual me temo que mis pobres dotes de orador resultarán totalmente inadecuadas.

–¡No, no! dijo el señor Browne.

–Pero pase lo que pase, solo puedo pedirles esta noche que sean condescendientes conmigo y me concedan su atención por unos momentos, mientras intento expresarles en palabras cuáles son mis sentimientos en esta ocasión.

–Damas y caballeros. No es la primera vez que nos reunimos bajo este techo hospitalario, alrededor de esta mesa hospitalaria. No es la primera vez que somos los receptores –o quizá sería mejor decir las víctimas– de la hospitalidad de ciertas damas bondadosas.

Trazó un círculo en el aire con su brazo e hizo una pausa. Todo el mundo se rio o le sonrió a tía Kate y tía Julia y Mary Jane, las tres ruborizadas hasta el extremo de placer. Gabriel prosiguió con mayor osadía:

–Cada año que transcurre voy sintiendo con mayor fuerza que nuestro país no posee una tradición que respete tanto y que debería preservar con mayor celo que la de su hospitalidad. Hasta donde mi conocimiento alcanza (y miren que no son pocos los países del extranjero que he visitado) esta es una tradición exclusiva del nuestro entre todas las naciones modernas. Algunos podrían decir quizá que en lo que a nosotros respecta ella constituye, más que algo de lo cual ufanarse, un defecto nuestro. Pero incluso en el caso de que así fuese sería, a mi entender, un defecto magnífico, un defecto que confío en que continuaremos cultivando por largo tiempo. De una cosa, al menos, estoy seguro. Mientras este mismo techo proteja a las bondadosas damas antes aludidas –y de todo corazón deseo que pueda seguir siendo así durante muchos y muchos años más por venir– seguirá viva la tradición de genuina y cálidamente cortés hospitalidad irlandesa, que nuestros ancestros nos legaron y ahora nosotros debemos legarles a nuestros descendientes.

Un espontáneo murmullo de asentimiento recorrió la mesa. El hecho de que la señorita Ivors no estaba presente y se había marchado descortésmente cruzó por la mente de Gabriel, y dijo con confianza en sí mismo:

–Damas y caballeros.

–En nuestro seno está creciendo una nueva generación, una generación que actúa según ideas nuevas y principios nuevos. Toma en serio esas ideas nuevas y se entusiasma con ellas, y ese entusiasmo, aunque mal encauzado tiene, así lo creo, mucho de sincero. Pero estamos viviendo en una época escéptica y, si me permiten la frase, llena de pensamientos atormentadores; y a veces me temo que esta nueva generación, educada e hipereducada como está, carecerá de las cualidades de humanidad, de hospitalidad, del talante bondadoso tan característicos de los viejos tiempos. Al oír mencionar esta noche los nombres de los grandes cantantes del pasado me pareció, debo confesarles, que estamos viviendo en una época de menor amplitud. Podríamos sin exageración calificar de espléndidos a aquellos días; y si ya quedaron fuera del alcance de nuestro recuerdo tengamos al menos la esperanza de que en reuniones como esta se continúe hablando de ellos con orgullo y con afecto, y preservemos en nuestros corazones la memoria de los grandes muertos y desaparecidos cuya fama el mundo no dejará morir sin resistirse.

–¡Oigan, oigan! dijo el señor Browne ruidosamente.

–Y sin embargo, continuó Gabriel con la voz cayendo en una inflexión más suave, en reuniones como la presente siempre hay pensamientos más tristes que acuden a nuestras mentes: pensamientos del pasado, de la juventud, de cambios, de rostros ausentes que añoramos aquí esta noche. Nuestro paso por la vida está sembrado de muchos de esos recuerdos tristes; y si nos quedando volviendo una y otra vez a ellos inútilmente no podremos sacar fuerzas para poder seguir adelante valerosamente con nuestra obra entre los que permanecen con vida. Todos tenemos deberes vivientes y afectos vivientes que reclaman, y reclaman con razón, nuestro más denodado esfuerzo.

Por lo tanto no me voy a demorar en el pasado. No permitiré que ninguna moralina tristona se entrometa aquí esta noche. Nos hemos reunido aquí como amigos, en el espíritu del buen compañerismo, como colegas, y también en cierta medida con verdadero espíritu de *camaraderie*, y como huéspedes de – ¿cómo debería llamarlas?– las Tres Gracias del mundo musical de Dublín.

La mesa entera estalló en aplausos y risas ante semejante ocurrencia. La tía Julia le fue pidiendo en vano a cada uno de sus vecinos la explicación de lo que Gabriel había dicho.

–Él dice que nosotras somos las Tres Gracias, tía Julia, dijo Mary Jane.

La tía Julia no entendió pero sonriendo levantó la mirada hacia Gabriel, que continuó en la misma vena:

–Damas y caballeros.

–No trataré de interpretar esta noche el papel que Paris jugó en otra ocasión. No intentaré elegir entre ellas. Esa tarea resultaría odiosa y estaría muy por encima de mis escasos poderes. Porque cuando las miro una por una, trátense de nuestra principal anfitriona misma, cuyo demasiado buen corazón se ha convertido en algo proverbial para todos los que la conocemos, o su hermana, a quien al parecer le ha sido concedido el don de la eterna juventud, cuyo canto debe haber constituido una sorpresa y una revelación para todos nosotros esta noche, o por último mas no de menor importancia, cuando pienso en nuestra anfitriona más joven, talentosa, animosa, gran trabajadora y la mejor de todas las sobrinas, confieso, damas y caballeros, que no sé a cuál debería otorgarle yo el premio.

Gabriel bajó la mirada a sus tías, y viendo la gran sonrisa en el rostro de tía Julia y las lágrimas que habían brotado de los ojos de tía Kate, se apresuró a concluir. Levantó su copa de oporto galantemente, mientras cada miembro de la partida palpaba expectante su propia copa, y dijo alzando la voz:

–Brindemos por las tres a la vez. Bebamos a su salud, buenaventura, larga vida, felicidad y prosperidad, y porque puedan continuar por mucho tiempo seguir conservando la posición descollante y bien merecida que mantienen en su profesión y la posición de honra y afecto que mantienen en nuestros corazones.

Todos los invitados se pusieron de pie, copas en mano, y volviéndose a las tres damas sentadas cantaron al unísono, con el señor Browne como director:

*Pues son grandes compañeras,  
pues son grandes compañeras,  
pues son grandes compañeras  
¡y nadie lo puede negar!*

La tía Kate hacía ostensible uso de su pañuelo y hasta la tía Julia parecía conmovida. Freddy Malins marcaba el compás con el tenedor del pudín y los cantores se veían las caras, como en deliberación melodiosa, mientras entonaban enfáticos:

*A menos que él diga mentira,  
a menos que él diga mentira.*

Luego, volviéndose de nuevo hacia sus anfitrionas, cantaron:

*Pues son grandes compañeras,  
pues son grandes compañeras,  
pues son grandes compañeras  
¡y nadie lo puede negar!*

La aclamación que siguió se coló por debajo de la puerta del comedor y fue seguida por muchos de los invitados que estaban afuera, y renovada una y otra vez con Freddy Malins actuando como director del coro, tenedor en alto.

El aire penetrante de la madrugada se introdujo en el recibo donde estaban y tía Kate dijo:

–Que alguien cierre la puerta. La señora Malins se va a morir de frío.

–Browne está allá afuera, tía Kate, dijo Mary Jane.

–Browne está en todas partes, dijo tía Kate, bajando la voz.

Mary Jane se rio de su tono.

–Realmente, dijo socarrona, él es muy atento.

–Lo hemos tenido detrás de nosotras toda la Navidad, dijo tía Kate en el mismo tono.

Se rio esta vez con buen humor y agregó rápidamente:

–Pero dile que entre, Mary Jane, y cierra la puerta. Dios quiera que no me haya oído.

En ese momento se abrió la puerta del recibo y el señor Browne entró viniendo del zaguán, riendo a mandíbula batiente. Llevaba puesto un largo abrigo verde, con puños y cuello imitación de astracán, y en la cabeza un gorro de piel ovalado. Señaló hacia el muelle cubierto de nieve, desde donde llegaba un silbido penetrante y prolongado.

–Teddy va a hacer que vengan todos los coches de alquiler de Dublín, dijo.

Gabriel llegó desde el pequeño cuarto auxiliar de detrás del despacho, luchando por meterse en su abrigo y buscando por todo el recibo con la mirada.

–¿Gretta no ha bajado todavía?

–Ella está recogiendo sus cosas, Gabriel, dijo la tía Kate.

–¿Quién está tocando allá arriba? preguntó Gabriel.

–Nadie. Todos se fueron.

–Oh, no, tía Kate, dijo Mary Jane. Bartell D’Arcy y la señorita O’Callaghan aún no se han ido.

–De todos modos alguien está dándole al piano allá arriba, dijo Gabriel.

Mary Jane les dirigió una irada a Gabriel y el señor Browne, y dijo tiritando:

–Me da frío nada más mirarlos a ustedes, dos caballeros arrebuajados así. No me gustaría nada tener que viajar de regreso a casa a esta hora.

–En este momento nada me gustaría más, dijo el señor Browne, valientemente, que una buena caminata a paso vivo por la

campiña, o una carrera en coche con un buen trotón entre las varas.

–Nosotros tuvimos un caballo y una calesa en casa, dijo tía Julia con tristeza.

–El inolvidable Johnny, dijo Mary Jane riendo.

La tía Kate y Gabriel rieron también.

–Vaya, ¿Y qué tenía Johnny de maravilloso? preguntó el señor Browne.

–El muy lamentado difunto Patrick Morkan, o sea nuestro abuelo, explicó Gabriel, a quien todo el mundo llamaba en sus últimos días el caballero viejo era fabricante de cola de pegar<sup>9</sup>.

–Ay, no, Gabriel, dijo la tía Kate riendo, él tenía una fábrica de almidón.

–Bueno, cola de pegar o almidón, dijo Gabriel, el caballero viejo tenía un caballo que se llamaba Johnny. Y Johnny trabajaba en el molino del caballero viejo, dando vueltas y vueltas para la molienda. Hasta aquí todo va bien, pero ahora viene la parte trágica sobre Johnny. Un buen día el caballero viejo pensó que sería bueno llevar a un paseo en coche a personas de la alta sociedad, para ver un desfile militar en el parque.

–Dios se apiade de su alma, dijo la tía Kate compasivamente.

–Amén, dijo Gabriel. Así que el caballero viejo le puso el arnés a Johnny, y él se puso su mejor sombrero de copa y sacó el coche con gran estilo fuera de la mansión de sus ancestros, que quedaba en alguna parte cerca de Back Lane, creo.

Todo el mundo se rio, incluso la señora Malins, del modo de contar de Gabriel, y tía Kate dijo:

–Ay no, Gabriel, él no vivía realmente en Back Lane. Lo único que quedaba allá era la fábrica.

–Fuera de la mansión de sus antepasados, continuó Gabriel, con el coche tirado por Johnny. Y todo marchaba de lo mejor hasta que Johnny vio la estatua de Guillermito<sup>10</sup>, y entonces ocurrió que o bien Johnny se enamoró del caballo que montaba el rey Guillermito o bien pensó que estaba de vuelta en la fábrica, pero el hecho es que empezó a dar vueltas alrededor de la estatua.

Gabriel echó a andar como si fuese un caballo alrededor del recibo con las galochas puestas, entre la risa de los demás.

–Dio vueltas y más vueltas, dijo Gabriel, y el caballero viejo, que era un caballero viejo muy pomposo, estaba muy indignado. *¡Vamos, señor! ¿Qué significa esto, señor? ¡Johnny! ¡Johnny! ¿Qué comportamiento tan fuera de orden! ¡No puedo entender a este caballo!*

Las carcajadas que siguieron a la imitación del incidente que hizo Gabriel fueron interrumpidas por un golpe que resonó en la puerta del recibo. Mary Jane corrió a abrir y dejó entrar a Freddy Malins. Freddy Malins, con el sombrero muy echado hacia atrás sobre su cabeza y los hombros jorobados de frío, resoplaba y exhalaba vapor tras sus esfuerzos.

–Solamente conseguí un coche, dijo.

–Bueno, ya encontraremos nosotros otro por el muelle, dijo Gabriel.

–Sí, dijo la tía Kate. Mejor no dejemos parada en esa corriente de aire a la señora Malins.

El hijo de la señora Malins y el señor Browne la ayudaron a bajar los escalones de la entrada, y tras muchas maniobras la alzaron hasta el coche. Freddy Malins se encaramó tras ella y pasó largo rato acomodándola en el asiento, con la asistencia de las indicaciones del señor Browne. Por último quedó instalada cómodamente y Freddy Malins invitó al señor Browne a subir al coche. Hubo una larga conversación confusa hasta que por fin el señor Browne entró en el coche. El cochero acomodó su manta sobre las rodillas y se inclinó para preguntar la dirección. La confusión aumentó y el cochero recibía instrucciones diferentes de parte de Freddy Malins y del señor Browne, cada uno sacando la cabeza a través de su respectiva ventanilla del coche. La dificultad estribaba en cuál era el punto de la ruta en que dejarían al señor Browne, y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane contribuían con la discusión desde el escalón del portal, con direcciones cruzadas y contradictorias y abundante risa. En lo que respecta a Freddy Malins la risa lo había dejado sin habla. A cada momento sacaba y metía la cabeza a través de la ventanilla, con grave peligro para su sombrero, y le informaba a su madre los progresos de la discusión, hasta que por último el señor Browne le gritó al desconcertado cochero por sobre la algarazara de la risa general:

–¿Conoce el Trinity College?

–Sí señor, dijo el cochero.

–Bien, entonces directo hasta dar de frente con el portal del Trinity College, dijo el señor Browne, y entonces le diré hacia dónde tomar, ¿me entiende?

–Sí señor, dijo el cochero.

–Vaya volando hasta el Trinity College.

–Muy bien, señor, gritó el cochero.

El caballo recibió el latigazo y el coche arrancó traqueteando del muelle en medio de un coro de risas y adioses.

Gabriel no llegó hasta la puerta junto con los demás. Se había quedado en la parte a oscuras del recibo mirando hacia las escaleras. Había una mujer de pie cerca del tope del primer tramo, también a oscuras. No podía divisar su rostro, pero podía ver las tablas color terracota y salmón de su falda, que la sombra hacía aparecer en blanco y negro. Era su esposa. Estaba recostada de la baranda, escuchando algo. A Gabriel le sorprendía su inmovilidad, y aguzó el oído para escuchar también. Pero poco podía oír, salvo el ruido de risas y disputas en los escalones del frente, apenas algunos acordes en el piano y notas de una voz de hombre cantando.

Permaneció inmóvil en la penumbra del recibo, tratando de capturar la tonada que entonaba la voz y contemplando a su

<sup>9</sup> Glue-boiler en el original. En la fabricación de cola de pegar, o engrudo, uno de los ingredientes eran los cascos de ganado que se hacían hervir. Literalmente Gabriel está llamando “hervidor de engrudo” a su abuelo. Una referencia humorística que sugiere nada veladamente cuál habría sido el “final trágico” de Johnny como consecuencia de su comportamiento “excéntrico” aquel malhadado día. N. del T.

<sup>10</sup> La estatua ecuestre de Guillermo III, el rey de Inglaterra protestante que conquistó Irlanda en 1690. N. del T.

esposa. Había gracia y misterio en la actitud de ella, como si se tratase de un símbolo de algo. Se preguntó de qué podría ser símbolo una mujer de pie en la oscuridad de unas escaleras que escuchaba una música distante. Si él fuese pintor la pintaría en esa actitud. Su sombrero de fieltro azul sacaba a relucir el bronce de su cabello contra la oscuridad, y las tablas oscuras de la falda sacarían a relucir las tonalidades claras. *Música distante* bautizaría ese cuadro si fuese pintor. Cerraron la puerta del recibo. La tía Kate, la tía Julia y Mary Jane entraron, riendo todavía.

–Bueno, hay que ver que ese Freddy es terrible, dijo Mary Jane. Es verdaderamente terrible.

Gabriel no dijo nada, pero señaló a las escaleras, en dirección a donde su esposa permanecía de pie. Ahora que la puerta del recibo estaba cerrada podía escuchar la voz y el piano con mayor claridad. Les indicó con la mano que se mantuvieran en silencio. La canción parecía estar en la antigua tonalidad irlandesa, y el cantante no parecía muy seguro ni de sus palabras ni de su voz. La voz, a la que la distancia y la ronquera del cantante volvían quejumbrosa, iluminaba tenuamente la cadencia de la tonada con palabras que expresaban pesar:

*Oh, la lluvia cae sobre mi cabello espeso  
y el rocío me humedece la piel,  
mi niño yace frío...*

–Ah, exclamó Mary Jane. Es Bartell D’Arcy cantando después de haberse negado toda la noche. Bueno, conseguiré que cante una canción antes de irse.

–Ay, hazlo Mary Jane, dijo la tía Kate.

Mary Jane pasó velozmente por entre ellos y corrió a las escaleras, pero antes de llegar a ellas cesó la canción y el piano se cerró abruptamente.

– ¡Ah, qué lástima! gritó. ¿Ya viene bajando, Gretta?

Gabriel oyó a su esposa responder que sí y la vio descender hacia ellos. A pocos pasos la seguían el señor Bartell D’Arcy y la señorita O’Gallaghan.

–Ay, señor D’Arcy, gritó Mary Jane, es una maldad muy grande de su parte cortar de esa manera cuando todos estábamos extasiados oyéndolo.

–He estado insistiéndole toda la noche, dijo la señorita O’Gallaghan, y también la señora Conroy, y él nos dijo que tenía un resfriado terrible y no podía cantar.

–Oh, señor D’Arcy, dijo la tía Kate, ese es un embuste grandísimo.

– ¿Ustedes no ven que ando más ronco que un cuervo? Dijo el señor D’Arcy con rudeza.

Entró presuroso al pequeño cuarto auxiliar y se puso el abrigo. Los demás, tomados por sorpresa por su grosería, no hallaban qué decir. La tía Kate frunció el ceño y les hizo seña de no insistir. El señor D’Arcy se envolvió el cuello cuidadosamente con la bufanda, arrugando la frente.

–Es el tiempo, dijo la tía Julia tras una pausa.

–Sí, todo el mundo está resfriado, dijo tía Kate contemporizando, todo el mundo.

–Dicen, dijo Mary Jane, que no habíamos tenido una nevada así en treinta años; y esta mañana leí en los periódicos que está cayendo nieve sobre toda Irlanda.

–A mí me encanta ver la nieve, dijo la tía Julia con tristeza.

–A mí también, dijo la señorita O’Gallaghan. Pienso que la Navidad nunca es Navidad si no hay nieve en el suelo.

–Pero al pobre señor D’Arcy no le gusta la nieve, dijo la tía Kate sonriendo.

El señor D’Arcy salió del pequeño cuarto bien abrigado y abotonado, y en tono arrepentido les contó la historia de su resfriado. Todo el mundo le dio consejos y dijo que era muy lastimoso y le recomendó tener mucho cuidado con su garganta en el aire de la noche. Gabriel observaba a su esposa, que no participaba en la conversación. Permanecía de pie bajo la lámpara polvorienta y la llama del gas iluminaba el vivo bronce de su cabello, que él había visto secar ante el fuego unos días antes. Estaba en la misma postura y parecía no darse cuenta de la conversación a su alrededor. Por fin volteó hacia ellos y Gabriel vio que sus mejillas habían cobrado color y los ojos le brillaban. Una súbita oleada de alegría saltó desde su corazón.

–Señor D’Arcy, dijo ella, ¿cómo se llama la canción que usted estaba cantando?

–Se llama *La muchacha de Aughrim*, dijo el señor D’Arcy, pero no la pude recordar tal como es. ¿Por qué? ¿Usted la conoce?

–*La muchacha de Aughrim*, repitió ella. No podía recordar el nombre.

–Es una tonada muy bonita, dijo Mary Jane. Lástima que usted no tuviera voz esta noche.

–Vamos, Mary Jane, dijo tía Kate, no hagas molestar al señor D’Arcy. No queremos verlo molesto.

Viendo que todos estaban listos para partir los pastoreó hasta la puerta, donde se dieron las buenas noches.

–Bien, buenas noches, tía Kate, y gracias por la velada tan grata.

– ¡Buenas noches, Gabriel! ¡Buenas noches, Gretta!

–Buenas noches, tía Kate, y muchas gracias por todo. Buenas noches, tía Julia.

–Oh, buenas noches, Gretta. No te había visto.

–Buenas noches, señor D’Arcy. Buenas noches, señorita O’Gallaghan.

–Buenas noches, señorita Morkan.

–Buenas noches, otra vez.

–Buenas noches a todos. Lleguen con bien.

–Buenas noches, buenas noches.

La mañana aún era oscura. Una débil luz amarillenta se cernía sobre las casas y el río, y el cielo parecía ir en descenso. El suelo estaba fangoso, y sobre los techos, sobre los parapetos del muelle y sobre las barandas del área solo permanecían algunas vetas y parches de nieve. Las lámparas ardían todavía con luz rojiza en el aire lóbrego y, al otro lado del río el palacio de The Four Courts se recortaba en el cielo encapotado.

Ella caminaba delante de él con el señor Bartell D'Arcy, los zapatos envueltos en un paquete pardo apretado bajo el brazo, y las manos sosteniendo la falda alejada del fango. Ya no había nada de gracia en su actitud, pero a Gabriel todavía le brillaban los ojos de felicidad. La sangre le saltaba en las venas, y los pensamientos se amotinaban en su cerebro, orgullosos, alegres, tiernos, valerosos.

Ella caminaba delante de él tan leve y tan erguida que él deseaba correr tras ella sin hacer ruido, tomarla por los hombros y decirle algo tonto y cariñoso al oído. Le parecía tan frágil que ansiaba defenderla de algo y entonces quedarse a solas con ella. Momentos de su vida juntos refulgían como estrellas en su memoria. Junto a la taza del desayuno estaba un sobre color azul heliotropo y él lo acariciaba con su mano. Los pájaros gorjeaban en la hiedra, y la cortina vegetal como una telaraña bañada por el sol rielaba sobre el piso: él no podía comer de tanta felicidad. Estaban de pie en la plataforma atestada de gente y él le deslizaba un boleto dentro de la tibia palma de su guante. Él estaba junto a ella en medio del frío mirando a través de una ventana enrejada a un hombre que hacía botellas en un horno rugiente. Hacía mucho frío. La cara de ella, fragante en el aire helado, estaba muy cerca de la suya, y de repente ella le gritó al hombre del horno:

– ¿Está caliente el fuego, señor?

Pero el hombre no podía oírlo con el ruido del horno. Menos mal. Habría respondido groseramente.

Una oleada de regocijo aún más tierno escapó de su corazón como un torrente que le recorría las arterias. Como los fuegos tiernos de las estrellas, de su memoria, iluminándola, se desgranaron momentos de su vida juntos de los que nadie sabía nada ni sabría nunca. Ansiaba recordarle esos momentos, hacerle olvidar los años de su apagada existencia juntos y recordar solamente sus momentos de éxtasis. Porque los años, sentía, no habían apagado ni su alma ni la de ella. Los niños, la escritura de él, las tareas domésticas de ella, no habían apagado todo el fuego tierno de sus almas. En una carta que él le escribió decía: *¿Por qué razón palabras como estas me parecen tan apagadas y frías? ¿Es porque no existe palabra lo bastante tierna como para ser tu nombre?*

Como una música distante esas palabras que él había escrito años antes le llegaban desde el pasado. Ansiaba estar a solas con ella. Cuando los demás se hubieran marchado, cuando él y ella estuviesen en su habitación en el hotel, entonces estarían solos juntos. La llamaría suavemente:

– ¡Gretta!

Quizás ella no lo escucharía de una vez: estaría desvestiéndose. Entonces algo en la voz de él la tocaría. Se voltearía a verlo...

En la esquina de Winetavern Street encontraron un coche de alquiler. Lo alegró que su traqueteo ruidoso lo pusiera a salvo de una conversación. Ella miraba por la ventanilla y parecía cansada. Los demás dijeron solamente unas pocas palabras, señalando alguna edificación o una calle. El caballo galopaba fatigosamente bajo el cielo sombrío de la madrugada, arrastrando tras él la caja traqueteante, y Gabriel volvía a estar en un coche de alquiler con ella, galopando para alcanzar el barco, galopando hacia su luna de miel.

Cuando el coche terminó de cruzar el puente O'Connell la señorita O'Gallaghan dijo:

– Dicen que uno no cruza nunca el puente O'Connell sin ver un caballo blanco.

– Esta vez yo vi un hombre blanco, dijo Gabriel.

– ¿Dónde? preguntó el señor Bartell D'Arcy.

Gabriel señaló en dirección a la estatua cubierta de parches de nieve<sup>11</sup>. Luego la saludó amigablemente con la cabeza y le hizo una señal con la mano.

– Buenas noches, Dan, dijo jovialmente.

Cuando el coche se detuvo frente al hotel Gabriel saltó afuera y, a pesar de la protesta del señor Bartell D'Arcy, le pagó al cochero. Le dio un chelín de propina. El hombre hizo un saludo y dijo:

– Que tenga un próspero Año Nuevo, señor.

– Igualmente, dijo Gabriel.

Ella se recostó momentáneamente de su brazo al bajarse del coche y mientras estuvo en la acera dándoles las buenas noches a los demás se recostaba levemente de su brazo, con la misma levedad con que había bailado con él horas atrás. Él se sintió orgulloso y feliz en aquel momento, feliz de que fuese suya, orgulloso de su gracia y su porte de señora casada. Pero ahora, tras haber revivido tan gratamente tantos recuerdos, el primer contacto con su cuerpo, musical y extraño y perfumado lo hizo sentir una penetrante punzada de lujuria. Amparado en su silencio atrajo su brazo más estrechamente a su costado y, todavía de pie ante la puerta del hotel sintió que se habían escapado de sus propias vidas y obligaciones, escapado del hogar y las amistades y huido juntos a una nueva aventura con el corazón indómito y radiante.

En el vestíbulo dormitaba un viejo sentado en un sillón con funda. Encendió una vela en la oficina y los condujo a las escaleras. Ellos lo siguieron en silencio, dando pisadas suaves sobre los escalones espesamente alfombrados. Ella remontaba las escaleras tras el portero, la cabeza gacha por el ascenso, los hombros frágiles encorvados como soportando una carga, la falda ceñida al cuerpo. Él hubiese podido abrazarla bruscamente por las caderas impidiéndole moverse, pues le temblaban los brazos de tanto deseo de aprehenderla, y sólo la presión de las uñas contra las palmas de las manos contenía el impulso salvaje de su cuerpo refrenado. El portero se detuvo en las escaleras para acomodar la vela goteante. Ellos se detuvieron también unos escalones más abajo.

<sup>11</sup> La estatua del patriota irlandés Daniel O'Connell, "El Libertador".

En el silencio Gabriel podía oír caer la cera derretida en el platillo del candelero y el palpar de su corazón contra las costillas. El portero los condujo por un corredor y abrió una puerta. Puso la inestable vela sobre la mesa de noche y les preguntó a qué hora querían que los despertara en la mañana.

—A las ocho, dijo Gabriel.

El portero señaló hacia el interruptor de la luz eléctrica y comenzó a murmurar una disculpa, pero Gabriel lo cortó.

—No necesitamos ninguna luz. Ya tenemos bastante con la que entra desde la calle. Y le digo, agregó, señalando a la vela, que como buena persona que es bien podría usted llevarse esa belleza.

El portero volvió a tomar la vela, pero lentamente debido a la sorpresa ante una idea tan inusitada. Masculló un buenas noches y salió. Gabriel pasó el pestillo.

La luz espectral del farol callejero se proyectaba en haz desde una de las ventanas hasta la puerta. Gabriel arrojó el abrigo y el sombrero sobre un canapé y atravesó la habitación hasta la ventana. Miró abajo hacia la calle a fin de calmar un poco su emoción. Luego se dio vuelta y se reclinó sobre una cómoda, de espaldas a la luz. Ella no se había quitado el sombrero ni la capa, y estaba de pie ante un gran espejo giratorio, desabrochándose el corpiño. Gabriel se dedicó por un momento a contemplarla, y entonces dijo:

— ¡Gretta!

Ella se volteó lentamente del espejo y caminó hacia él a lo largo del haz de luz. Su rostro se veía tan serio y extenuado que las palabras no lograban abrirse paso por entre los labios de Gabriel. No, aún no era el momento.

—Te veías cansada, dijo.

—Lo estoy un poco, respondió ella.

— ¿No te sientes enferma o débil?

—No, cansada, eso es todo.

Fue hasta la ventana y permaneció allí mirando afuera. Gabriel aguardó de nuevo y entonces, temiendo que el apocamiento estuviese a punto de sojuzgarlo, dijo abruptamente:

— ¡Por cierto, Gretta!

— ¿Qué pasa?

— ¿Tú conoces a ese tipo, Malins? dijo rápidamente.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Bueno, pobre tipo ese, pero después de todo es buena gente, prosiguió Gabriel con voz falsa, me devolvió el soberano que le presté, y realmente no me lo esperaba. Es una lástima que no pueda apartarse de ese Browne, porque en el fondo no es mala persona.

Ahora estaba temblando del disgusto. ¿Por qué parecía ella tan abstraída? No sabía cómo comenzar. ¿Estaría disgustada por algo ella también? ¡Si tan solo voltease hacia él, o viniese hacia él por cuenta propia! Tomarla tal como estaba sería una brutalidad. No, tenía que ver algo de ardor en sus ojos primero. Ansiaba someter ese humor extraño.

— ¿Cuándo le prestaste la libra? preguntó ella tras una pausa.

Gabriel batalló por refrenarse de un arranque de lenguaje brutal contra el borracho empedernido de Malins y su libra. Ansiaba gritarle desde el fondo del alma, estrujar su cuerpo contra el suyo, sojuzgarla. Pero dijo:

—Ah, por Navidad, cuando abrió aquella tiendita de tarjetas navideñas en Henry Street.

Ardía en tal fiebre de ira y de deseo que no la sintió llegar desde la ventana. Ella se detuvo ante él por un instante, mirándolo de una manera extraña. Entonces se puso repentinamente de puntillas, descansó ligeramente las manos sobre sus hombros y lo besó.

—Eres una persona muy generosa, Gabriel, dijo.

Gabriel, temblando de deleite con ese beso repentino y la singularidad de su frase, posó las manos sobre su cabello y comenzó a alisárselo hacia atrás tocándolo apenas con sus dedos. El lavado lo había vuelto suave y brillante. El corazón le rebotaba de felicidad. Justo cuando él más lo deseaba ella había venido a él por su propia iniciativa. Quizá los pensamientos de ella marchaban a la par de los suyos. Quizás ella había sentido el imperioso deseo que él albergaba en su interior y entonces la había asaltado la disposición a la entrega. Ahora que ella se le había entregado con tanta facilidad se preguntaba por qué había sido él tan apocado.

Se incorporó, sosteniendo aún su cabeza entre las manos. Entonces deslizó prestamente un brazo en torno a su cuerpo, la atrajo hacia él y dijo suavemente:

—Gretta, querida, ¿en qué estás pensando?

Ella ni le respondió ni se abandonó por entero a su abrazo. Le volvió a decir suavemente:

—Dime qué es, Gretta. Creo que sé lo que te pasa. ¿Lo sé?

Ella no respondió de una vez. Entonces dijo en un arranque de llanto:

—Ay, estoy pensando en esa canción, *La muchacha de Aughrim*.

Se desprendió de su abrazo y corrió a la cama y escondió la cara echando los brazos por sobre la baranda. El asombro dejó paralizado a Gabriel por un momento, y luego la siguió. Al pasar ante el espejo en su camino pudo verse retratado de cuerpo entero: su pecho ancho llenando el frente de la camisa, la cara cuya expresión siempre lo intrigaba al contemplarse en el espejo y sus anteojos de montura dorada relucientes. Se detuvo unos pasos antes de llegar a ella y le dijo:

— ¿Qué pasa con la canción? ¿Por qué te hace llorar?

Ella levantó la cabeza de entre sus brazos y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano como una niña. Una nota de mayor

delicadeza aún de la que él quería darle le impregnó la voz.

– ¿Por qué, Gretta? preguntó.

– Estoy pensando en una persona que solía cantar esa canción hace mucho tiempo.

– ¿Y quién era esa persona hace mucho tiempo? preguntó Gabriel sonriendo.

– Una persona que conocí en Galway cuando vivía con mi abuela, dijo ella.

La sonrisa se borró del rostro de Gabriel. Una ira apagada comenzó a cobrar cuerpo de nuevo en el fondo de su mente y los fuegos apagados de la lujuria comenzaron a fulgurar airadamente en sus venas.

– ¿Alguien de quien estabas enamorada? preguntó irónicamente.

– Era un muchacho que conocí, respondió ella, que se llamaba Michael Fury. Estaba muy delicado.

Gabriel permaneció en silencio. No deseaba que ella pensara que le interesaba ese muchacho enfermo.

– Puedo verlo con tanta claridad, dijo ella después de un momento. Aquellos ojos que tenía: ¡qué grandes ojos negros! Y aquella expresión en ellos... ¡qué expresión!

– ¿Ah, entonces te enamoraste de él? preguntó Gabriel.

– Salía a pasear con él, dijo ella, cuando yo estaba en Galway.

Una idea pasó velozmente por la mente de Gabriel.

– ¿No sería por eso que querías que fuésemos a Galway con esa muchacha Ivors? preguntó fríamente.

Ella se lo quedó mirando y preguntó sorprendida:

– ¿Para qué?

Sus ojos hicieron que Gabriel se sintiera incomodado. Este se encogió de hombros y dijo:

– ¿Cómo voy a saberlo? Para verlo, quizá.

Ella dejó de mirarlo para seguir con la vista el haz de luz hasta la ventana, en silencio.

– Él murió, dijo ella por fin. Murió cuando apenas tenía diecisiete años. ¿No es algo terrible morir tan joven?

– ¿Qué era él? preguntó Gabriel todavía irónico.

– Trabajaba en la compañía del gas, dijo ella.

Gabriel se sintió humillado por el fracaso de su ironía y por la evocación de esta figura de entre los muertos, un muchacho de la compañía del gas. Mientras él estaba lleno de recuerdos de su vida secreta juntos, lleno de ternura y alegría y deseo ella había estado comparándolo con otro en su mente. Lo asaltó una consciencia vergonzosa de su propia persona. Se vio como una figura ridícula, que actuaba como mandadero de sus tías, un sentimentalista nervioso bienintencionado que discursaba para gente vulgar e idealizaba sus propios anhelos bufonescos, el lamentable tipejo fatuo que había entrevisto reflejado en el espejo. Instintivamente volvió la espalda más hacia la luz, no fuese a ocurrir que ella lograra darse cuenta de la vergüenza que le encendía la frente.

Trató de mantener el tono de frío interrogatorio, pero cuando habló le salió una vez humilde e insignificante.

– Supongo que te enamoraste de ese Michael Fury, Gretta, dijo.

– Me sentía maravillosamente bien con él en esa época, dijo ella.

Su voz era velada y triste. Gabriel, que ahora sentía cuan inútil iba a resultar tratar de conducirla hacia donde él se proponía, le acarició una mano y dijo, también con tristeza:

– ¿Y de qué murió tan joven, Gretta? ¿Fue de tuberculosis?

– Creo que murió por mí, respondió ella.

Un terror vago se apoderó de Gabriel ante esa respuesta, como si en la hora en que él esperaba salir triunfante algún ser impalpable y vengativo se estuviese poniendo en su contra, congregando fuerzas en contra suya en su mundo vago. Pero se liberó con una sacudida en un esfuerzo del razonamiento y continuó acariciándole la mano. No volvió a preguntar de nuevo porque sintió que ella le iba a contar por sí misma. Su mano estaba caliente y húmeda; no respondía a su contacto, pero él la siguió acariciando, al igual que aquella mañana de primavera había acariciado la primera carta que ella le escribió.

– Fue en invierno, dijo ella, hacia comienzos del invierno, cuando iba a dejar a mi abuela y venirme al colegio de monjas. Y él se la pasaba enfermo todo el tiempo en su hospedaje en Galway y no le permitían salir y ya le habían escrito a su gente en Oughterard. Estaba muy decaído, o algo así, decían. Nunca lo supe exactamente.

Hizo una pausa momentánea y suspiró.

– El pobre, dijo. Me tenía mucho cariño y era un muchacho tan gentil. Salíamos mucho a caminar juntos, tú sabes, Gabriel, como hacen en el campo. Hubiese estudiado canto pero su salud no lo dejó. Tenía muy buena voz, el pobre Michael Fury.

– Bueno, ¿y entonces? preguntó Gabriel.

– Y cuando me llegó la hora de irme de Galway y venirme al colegio de monjas él estaba mucho peor y no me dejaban verlo, así que le escribí una carta diciendo que me iba a Dublín y volvería en el verano y esperaba que estuviese mejor entonces.

Hizo una pausa momentánea para controlar la voz y prosiguió:

– Entonces la noche antes de mi partida yo estaba en casa de mi abuela en Nun's Island, haciendo las maletas, y escuché que le tiraban piedritas a la ventana. La ventana estaba tan empapada que no podía ver, así que bajé corriendo por las escaleras tal y como estaba y me salí al jardín por la puerta de atrás y ahí estaba el pobre al final del jardín, temblando de frío.

– ¿Y no le dijiste que se fuera para su casa? preguntó Gabriel.

– Le rogué que se fuera para su casa de una vez y le dije que la lluvia lo iba a matar. Pero él dijo que no quería vivir. ¡Puedo ver sus ojos tal cual! Estaba de pie al final del muro, donde había un árbol.

– ¿Y se fue para su casa? preguntó Gabriel.



—Sí, se fue para su casa. Y cuando yo tenía una semana apenas en el colegio de monjas se murió y lo enterraron en Oughterard, de donde era su gente. ¡Ay, el día que me dijeron eso, que se había muerto!

Se detuvo, ahogada en sollozos y, abatida por la emoción, se tiró en la cama boca abajo, a sollozar sobre la colcha. Gabriel le sostuvo la mano por un buen rato, dudando qué hacer, y entonces, temeroso de entrometerse en su dolor, la dejó caer con delicadeza y caminó silencioso hacia la ventana.

Pronto se quedó dormida.

Gabriel, apoyado en un codo, estuvo contemplando un momento, sin resentimiento, su cabello revuelto y su boca entreabierta, escuchándola respirar profundo. De manera que ella había tenido un romance así en su vida: un hombre que murió por ella. Apenas le dolía ahora pensar el papel tan pequeño que él, su esposo, había jugado en su vida. La miró dormir como si ambos jamás hubiesen vivido juntos como marido y mujer. Sus ojos curiosos se posaron durante largo tiempo sobre su cara y su pelo; y mientras pensaba en lo que ella podía haber sido en aquel tiempo de su belleza temprana de muchacha, una extraña lástima amistosa penetró en su alma. No le gustaba reconocer, ni siquiera para sí mismo, que su rostro había dejado de ser hermoso, pero sabía que ese ya no era el rostro por el que Michael Fury había desafiado la muerte.

Quizás ella no le había contado toda la historia. Sus ojos se dirigieron a la silla sobre la que había tirado parte de su ropa. Un cordel de su enagua colgaba hasta el piso. Una bota permanecía en pie con la parte superior flácida caída; su compañera yacía a un costado. Se extrañó de su desbordamiento emocional de hacía una hora. ¿De dónde provino? De la cena de su tía, de su propio discurso estúpido, del vino y el baile, del jolgorio cuando se despidieron en el recibo, el placer de la caminata sobre la nieve a lo largo del río. ¡Pobre tía Julia! También ella sería una sombra junto a la sombra de Patrick Morkan y su caballo. Él había captado aquel momentáneo aire macilento en su rostro cuando cantaba Vestida para la boda. Pronto, quizás, estaría él sentado en ese mismo salón trajeado de luto, el sombrero de copa sobre las rodillas. Las cortinas estarían corridas y la tía Kate sentada a su lado llorando y soplándose la nariz y contándole cómo había muerto Julia. Él le estaría dando vueltas a la cabeza en busca de algunas palabras que pudiesen servirle de consuelo, y solamente encontraría las satisfactorias e inútiles. Sí, sí: eso ocurriría muy pronto.

El aire de la habitación le enfrió la espalda. Se estiró cuidadosamente bajo las sábanas y se tendió al lado de su esposa. Uno por uno todos ellos se iban convirtiendo en sombras. Mejor pasar valientemente al otro mundo en la plena gloria de una pasión que irse marchitando y apagando lánguidamente con la edad. Pensó en cómo la que yacía a su lado había guardado bajo llave en su corazón durante tantos años aquella imagen de los ojos de su amante cuando le dijo que no deseaba vivir.

Copiosas lágrimas llenaron los ojos de Gabriel. Nunca había sentido algo parecido por ninguna mujer pero sabía que un sentimiento así tenía que ser amor. Las lágrimas se aglomeraron aún más en sus ojos y en la oscuridad parcial imaginó ver la forma de un joven de pie bajo un árbol del que goteaba la lluvia. Había otras formas cerca. Su alma se había acercado a esa región habitada por la inmensa multitud de los muertos. Estaba consciente de su existencia incontrolable y fluctuante pero no era capaz de aprehenderla. Su propia identidad se desvanecía gradualmente en un mundo gris impalpable: el mismo mundo sólido que esos muertos erigieron y en el que una vez vivieron se iba disolviendo y consumiendo. Unos toquecitos leves en el vidrio le hicieron voltear hacia la ventana. Había comenzado a nevar otra vez. Miró somnoliento cómo los copos plateados y oscuros caían oblicuamente contra el farol. Le había llegado el momento de emprender su viaje al oeste. Sí, los periódicos tenían razón: la nevada era general sobre Irlanda entera. Estaba cayendo en todas partes de la oscura llanura central, sobre las colinas sin árboles, caía blandamente sobre la turbera de Allen y, más lejos al oeste, sobre las ondas oscuras y amotinadas del Shannon. Estaba cayendo, también, sobre cada rincón del cementerio solitario en la colina donde estaba Michael Fury. Se amontonaba sobre las cruces y las lápidas torcidas, sobre los barrotes de la pequeña verja, sobre la maleza inhóspita. Su alma desfallecía poco a poco mientras él oía la nieve caer tenuemente a lo largo y ancho del universo y caer tenuemente, como el descenso de su hora final, sobre todos los vivos y lo muertos.